



ORACIONAL de la Familia Mariannhill

Fascículo N.º 61
[APÉNDICE 1]

© BRADI BARTH/AIN



Cfr. CAPÍTULO VIII: María, Madre de Mariannhill [IX]

María

Y LA EUCARISTÍA

¿Cómo poder expresar toda la riqueza encerrada en el Misterio de la Eucaristía? En el número 47 de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* del Concilio Vaticano II podemos encontrar un bello compendio de dicha riqueza: *“Nuestro Salvador, en la última cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz, y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera”*.

A fin de desentrañar toda la riqueza encerrada en este compendio, vamos a acercarnos al Misterio de la Eucaristía de la mano de María. Hagamos, pues, un recorrido por la vida de María en perspectiva eucarística.

1. Y EL VERBO SE HIZO CARNE

Cuando el Verbo de Dios se hizo carne, ¿de quién tomó carne y sangre? De la que era su Madre. La carne de Cristo es, por ello, la carne de María. La Eucaristía guarda, pues, relación directa con la Encarnación.

María, al ofrecer su seno virginal, para que en él Dios se hiciera hombre, recibió a Dios mismo, que vino a habitar en su seno. Al comulgar, recibimos de manera sacramental el Cuerpo y la Sangre adorables del Señor.

Se da, pues, una profunda analogía entre el *fiat* creyente, que pronunció María en el momento de la Anunciación del ángel, y el *amén* creyente, que pronuncia el fiel en el momento de recibir la Comunión.

Estamos, entonces, ante un misterio, que supera nuestra capacidad de comprensión y que ha de ser acogido en fe. La virtud, por tanto, con la que debemos acercarnos a tan gran Sacramento, es la virtud de la fe.



© BRADI BARTH/AIN

2. LA PRIMERA PROCESIÓN DEL CORPUS

Cuando María, embarazada de Jesús, emprendió el viaje arriesgado de la caridad hacia las montañas de Judea –para atender a su pariente Isabel–, era María una preciosa custodia procesionando el Corpus.

Cuando procesiona el Corpus Christi por las calles y plazas del mundo, ninguna de las necesidades, que nos afectan a los hombres y mujeres, escapa a la mirada compasiva de su Corazón desde lo alto de la custodia.

No en vano la Eucaristía es llamada Sacramento del Amor, pues en ella se contiene el amor de Dios hacia los hombres y ella misma es la mejor escuela, donde se aprende y se entiende el amor cristiano.

Cuando en la Eucaristía nos alcanza el torrente, siempre en crecida, del amor de Dios, nos vemos impedidos a compartirlo con los demás, viniendo a ser servidores unos de otros y buenos samaritanos de todos.



© BRADI BARTH/AIN

3. NACER EN LA CASA DEL PAN

En Belén, que significa casa de pan, allí nació de María el pan vivo, bajado del cielo. Y del interior de aquella cueva, en las afueras de Belén, salió la fragancia de un pan bendito, recién sacado del horno de María.

La fragancia subió al cielo y bajaron los ángeles; se extendió por el valle y se acercaron los pastores. Sólo los habitantes de Belén, muy ocupados en comer sus propias hogazas, no percibieron el aroma del nuevo pan.

El Verbo se hace pan y permanece como tal entre nosotros, para ser comido y comulgado; se hace alimento al alcance de la mano, como pan nuestro de cada día, para los que nos sentimos débiles.

Al comulgar, los que somos sarmientos entramos en comunión de vida con Cristo, vid verdadera, y le permitimos a Él nos aporte el caudal de su savia, a fin de que nunca dejemos de producir los mejores frutos de vida.



© BRADI BARTH/AIN

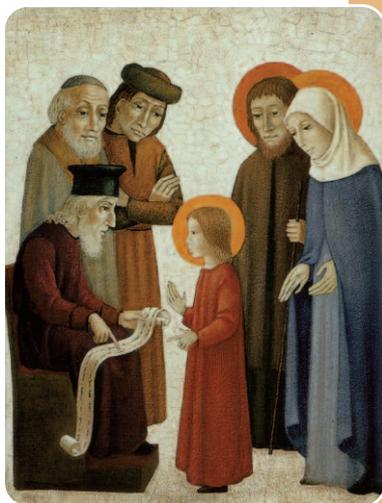
4. EL PAN DE CADA DÍA EN NAZARET

Damos la mano a María para que nos introduzca en el hogar de Nazaret, cuya vida estuvo caracterizada por la más asombrosa normalidad. Todo tan normal como normal era el pan de cada día, que allí se comía.

Y, con todo, aquella normalidad estaba transida de un misterio divino, que llenaba la casa y las existencias de sus moradores. Por ello, la adoración y la contemplación se convirtieron en el aire de aquel hogar.

Dios se hace presente en la vida nuestra de cada día, para que podamos contemplar la belleza de su rostro y adorar el misterio de su divinidad. Tan cerca, que los latidos de nuestro corazón se acompañan a los del suyo.

La comunión, que recibimos en la misa, es el inicio de la adoración y la contemplación fuera de la misa. Ambas se implican mutuamente. Contemplar y adorar es tratar con el huésped, que ha venido a morar en nosotros.



© BRADI BARTH/AIN

5. BODAS DE VINO Y SANGRE

La pareja de novios de Caná, que se quedó sin vino el día de su boda, representa a la humanidad entera, proveniente de la primera pareja, que está falta de salvación. Otra pareja, Jesús y María, vienen en su ayuda.

En el Calvario la Madre le recuerda al Hijo la falta de salvación de la humanidad. Y Jesús se deja exprimir como un racimo de la mejor cepa, para que la humanidad pudiera lavar sus pecados en su preciosa Sangre.

Las bodas de vino en Caná de Galilea anticiparon las bodas de sangre del Calvario, en las que Cristo, el nuevo Adán, se desposa con la Iglesia. Bodas únicas, que se actualizan en cada celebración de la Eucaristía.

Cada vez que participamos en la Eucarística, se renueva la alianza nupcial de amor de Cristo con cada uno de nosotros, por la que el Señor viene a ser para nosotros y nosotros para el Señor.



© BRADI BARTH/AIN

6. EL ALIMENTO DE UNA DISCÍPULA

Desde el mismo momento que la Palabra de Dios se encarnó en su vientre, María empezó a vivir de dicha Palabra, encontrando el alimento para su condición de discípula en las palabras de su Hijo y Maestro.

Jesús elogió a su Madre, no tanto por serlo, cuanto por ser aquella aventajada discípula, que escuchando las palabras de Dios, sabe guardarlas en el archivo de su memoria y de su corazón, para luego llevarlas a la práctica.

Los cristianos somos el campo de labranza de Cristo, en el que Cristo mismo no deja de realizar la sementera de sus palabras. Éstas también son aquella lluvia constante, que garantiza la fecundidad de la cosecha.

La explicación de las Escrituras pone ardor en nuestros corazones y nos capacita para luego poder participar de manera más provechosa en la mesa de la Eucaristía, reconociendo a Cristo, al partir el pan.



© BRADI BARTH/AIN

7. EN COMUNIÓN CON JESÚS

Así fue como vivió María su existencia toda. Esta comunión con la vida y el destino de su Hijo se puso de manifiesto en las horas trágicas del Calvario, en las que se asoció a la ofrenda de suave olor de su Hijo.

Comunión con Jesús, que siguió manteniendo María después de la vuelta de Aquél al Padre. Recibir la Eucaristía debía suponer para María volver a sentir de nuevo aquel corazón, que había latido al unísono con el suyo.

En cada celebración de la Eucaristía recibimos del mismo Jesús el don de su Madre, pidiéndonos que la acojamos y llevemos a nuestra casa como algo propio, considerándola como a nuestra verdadera Madre.

La comunión con Cristo, que nace de la participación en la Eucaristía, debe alcanzar a todas las dimensiones de nuestra vida, a fin de que asociemos la ofrenda de nuestra existencia a la suya.



© BRADI BARTH/AIN

8. EN COMUNIÓN CON LA IGLESIA

Siendo María miembro preeminente de la Iglesia de los comienzos, no podía faltar en aquellas primeras reuniones de Iglesia, cuando las primeras generaciones de cristianos se reunían para celebrar la Eucaristía.

Aquella que nos pidió hacer lo que su Hijo nos dijera, continúa recordándonos que no dejemos de celebrar la Eucaristía, haciendo permanente memoria de la pasión, muerte y resurrección de su Hijo.

Quien recibe el Cuerpo eucarístico de Cristo se une con todos los que forman el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia. La Eucaristía es así el vínculo de la unidad eclesial, que crea y educa para la comunión.

La participación provechosa en la celebración de la Eucaristía presupone se dé siempre una previa comunión eclesial, efectiva y afectiva, que abarque tanto sus dimensiones invisibles como las visibles.



© BRADI BARTH/AIN

9. EL CIELO HA COMENZADO

En el canto del Magnificat, María nos deja entrever el diseño programático, soñado por Dios, para el ser humano. María canta aquel nuevo cielo y aquella nueva tierra, que se anticipan en cada Eucaristía.

En cada celebración de la Eucaristía el cielo realiza una incursión en nuestro mundo; se abre un resquicio, por el que nos llega un rayo de la gloria, anticipándose la posesión gozosa del paraíso.

Al alimentarnos de Cristo en la Eucaristía tomamos el fármaco de nuestra inmortalidad, asimilamos el secreto de la nuestra resurrección gloriosa, y se nos da una prenda de la vida futura.

Celebrar la Eucaristía, hasta que venga el Señor, nos compromete a ir transfigurando el mundo, según la figura querida por su Creador, y nos estimula a trabajar por la edificación de un mundo conforme a su designio.



© BRADI BARTH/AIN

EN LA ESCUELA DE MARÍA, MUJER «EUCARÍSTICA»

- [53] ... María es mujer «eucarística» con toda su vida. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio.
- [54] ...Puesto que la Eucaristía es misterio de fe... nadie como María puede ser apoyo y guía en una actitud como ésta... María parece decirnos: «no dudéis, fíaos de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así “pan de vida”».
- [55] ...La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación... Hay, pues, una analogía profunda entre el fiat pronunciado por María a las palabras del Ángel y el amén que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor ... Cuando, en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en «tabernáculo» –el primer «tabernáculo» de la historia– donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como «irradiando» su luz a través de los ojos y la voz de María. Y la mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?
- [56] ...María... hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía... Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de «Eucaristía anticipada»; se podría decir, una «comunión espiritual» de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como «memorial» de la pasión... Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz.
- [57] ...Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros –a ejemplo de Juan– a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en la celebración eucarística es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente.
- [58] ...La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias... María rememora las maravillas que Dios ha hecho en la historia de la salvación... anunciando la que supera a todas ellas, la encarnación redentora... Cada vez que el Hijo de Dios se presenta bajo la «pobreza» de las especies sacramentales, pan y vino, se pone en el mundo el germen de la nueva historia, en la que se «derriba del trono a los poderosos» y se «enaltece a los humildes» (cf. Lc 1, 52). María canta el «cielo nuevo» y la «tierra nueva» que se anticipan en la Eucaristía y, en cierto sentido, deja entrever su 'diseño' programático. Puesto que el Magnificat expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad...

San Juan Pablo II

Ecclesia de Eucharistia vivit [nn. 53-58]



**"Con pan de cansancio
Eva nos alimentó;
gracias a María
comemos el pan de la vida.**

**Eva cogió
del árbol amargo fruto;
María dio
a los hombres el dulce
fruto.**

**He aquí que todo el mundo
se deleita
con el fruto bendito
del vientre de María".**

[San Efrén, *Himnos de los Ázimos VI, 7*
Himnos de Santa María, I, 10]

© HNA. ANTONIO MARÍA THURNHER CPS [+]